

## VICENTE ALEIXANDRE, EN «LA PLAZA PUBLICA»

Vicente Aleixandre ha declarado públicamente que el poema que mejor representa su poesía es el titulado «En la plaza». Vale la pena comentarlo.

Es, desde luego, poema clave de *Historia del corazón* (1954), obra extensa y compleja que supone una renovación de la temática aleixandrina y asume capital importancia dentro del mundo poético de Vicente Aleixandre. En rigor, todos sus libros anteriores referíanse al cosmos de un modo o de otro. El tema de *Historia del corazón* —como indica su nombre— es el vivir del poeta y, a través suyo, del vivir del hombre. Abarca los ciclos de la vida humana en poemas que recogen recuerdos o vivencias de la infancia, de la juventud (la experiencia amorosa esencialmente), de la madurez y de la edad última. No es un vivir elementalmente jubiloso, sino conscientemente resignado a su finitud. Transitorio vivir del hombre, *transcurrir* del hombre en el mundo. Pero este *transcurrir* supone también un *revivir* a través del recuerdo. Así, en muchos de estos poemas —especialmente los que captan impresiones de la infancia y de la juventud— hay como un leve sello proustiano, con todo lo que éste implica de reviviscencia de lo fugitivo, de lo ido, a la vez siempre actual y presente. Por otra parte, ese tono o acorde proustiano también es evidente en la aprehensión de lo psicológico, cuyos estados corren paralelos o se identifican con el transcurso del tiempo y de la edad. El poeta desnuda sus reacciones vitales y psicológicas para mostrarnos que no se halla solo ante el mundo, sino en medio de los hombres, y que se siente dentro del gran corazón de la humanidad. Porque, por encima y por debajo de su órbita temporal, *Historia del corazón* está impregnada de una honda consciencia de la solidaridad humana —hondo zumo invasor— que alcanza el ápice máximo de su evidencia en *La mirada extendida*, segunda parte del libro y a la cual pertenece el poema «En la plaza».

El poeta —el hombre— mira en derredor, mira al mundo. No quiere estar solo. Quiere reconocerse en los otros, extendiendo su mirada...

Ha echado a andar: ha salido de sí mismo, en busca de otra luz, de otro amor. Necesita sentirse vivir entre los demás. Reconforta hallarse entre los hombres. Vicente Aleixandre ha cruzado un nuevo umbral y ha descubierto un nuevo mundo, al cual pertenecía sin apenas saberlo. Y sólo ahora tiene consciencia de que es un hombre entre los demás hombres: se ha despertado en él —ya en la cima de la edad— una íntima y profunda simpatía por el corazón humano, individual y colectivo. ¡Qué cerca de Walt Whitman se halla nuestro poeta, en esta nueva actitud que sobrepasa el sobrerrealismo anterior! Si aquél explicaba la camaradería como fin del hombre y defendía la idea de una gran confederación amorosa de hombres y mujeres, Vicente Aleixandre siente también la ávida necesidad de un cósmico espíritu de amor humano. Y así se abandona a esta entrega multitudinaria para fortalecerse y fortalecer. Y pende en su ser una nueva dicha, y por eso canta:

*Hermoso es, hermosamente humilde y confiante, vivificante y profundo,  
sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido,  
llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado.*

Se ha dado cuenta que es insano apartarse del gran río, del gran mar de los hombres:

*No es bueno  
quedarse en la orilla  
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente  
imitar a la roca.*

*Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha de fluir y perderse,  
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los  
hombres palpita extendido.*

Y la masa humana se revela ante el poeta como un gran corazón, suma de los pequeños corazones de los hombres, en el cual es perceptible, sin embargo, el latido individual:

*La gran masa pasaba... Pero era reconocible el diminuto corazón  
afluido.*

Y él, poeta-hombre, un hombre-poeta, goza de la sencilla dicha de estar con todos en una plaza descubierta, acariciada por el sol, gran mano que reconforta. No, el hombre no se pierde en la multitud de la plaza: se reconoce a sí mismo en los demás y se salva:

*Allí cada uno puede mirarse y puede alegrarse y puede reconocerse.*

Y el poeta, seguro de su verdad, aconseja que se deseche el viejo narcisismo solitario y que se abraza la nueva fe de la comunidad universal en lo humano: la búsqueda del «yo», no en «lo otro», sino en lo múltiple individual, del yo subjetivo en el yo objetivo.

*No te busques en el espejo,  
en un extinto diálogo en que no te oyes.  
Baja, baja despacio y búscate en los otros.  
Allí están todos y tú entre ellos.  
Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.*

La entrega ha de ser lenta —amor y recelo juntos—, como la del bañista (símil también muy querido de Walt Whitman) que entra en el agua, pero definitiva y total por último: clamorosa. Así, como el bañista:

*Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor, en la plaza.  
Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.  
¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere latir  
para ser él también el unánime corazón que le alcanzara!*

Vicente Aleixandre ha comprendido el fondo o condición universal de esa realidad que es el «yo». Y así dispara su temporalidad hacia una intemporalidad valiosa. No es un ímpetu de aniquilación en la masa, no es un ansia nihilista, sino, más bien, el deseo de trascendentalizarse, culminar y descansar en ese «todo» humano del cual forma parte, pues la realidad física no es otra cosa que «trascendencia en potencia», usando los términos de Francisco Romero (1). El trascender comienza en ella, pero culmina en los actos del espíritu, «cima del ser real» (2). Vicente Aleixandre aspira a esta culminación universal: si él trasciende, trascenderá el todo; si el todo trasciende, también él trascenderá, en mutuo proceso de sístole y diástole.

El mensaje de «En la plaza» se reafirma en el poema titulado «El poeta canta por todos». El, desde su dolorosa soledad, ve pasar la gran ola de los hombres. Apenas vacila, apenas duda y se lanza al oleaje para dejarse llevar. Se sume, al fin, en la masa, «único ser», y se siente acunado por aquellas olas humanas que, al derivar, le arrastran. Pero él no es algo diverso a esa masa: una misma sangre fluye y refluye de corazón a corazón:

Son miles de corazones que hacen un único corazón que te lleva.  
Y dentro de ese corazón ya no existe aquel dolor de los días soli-

---

(1) Francisco Romero: *Papeles para una filosofía*. Buenos Aires, Losada, 1945, p. 16.

(2) *Ibid.*, p. 109.

tarios: voluntariamente el poeta ha abdicado de él. Ya no sufre. Ahora canta. Y entona el canto de todos, que es también el suyo:

*Eso que desde todos los oscuros cuerpos casi infinitos se ha  
unido y relampagueando,  
que a través de cuerpos y alma se liberta de pronto en tu grito,  
es la voz de los que te llevan, la voz verdadera y alzada  
donde tú puedes escucharte, donde tú, con asombro, te reconoces.  
La voz que por tu garganta, desde todos los corazones esparcidos,  
se alza limpiamente en el aire.*

Y la voz se brinda a las plantas de todos, como un camino, y en ellas se graban pisadas y pisadas. Y luego sube, asciende, corona la montaña. Y allí, en la cima, resuena clamorosa, grandiosa y majestuosamente. Y todos cantan en ella y por ella, en la altura. Y el poeta siente el júbilo de ser tal voz, bajo los cielos claros.

Y es tu voz la que les expresa. Tu voz colectiva y alzada. El canto unánime le conforta y le salva de su soledad y en la derrota del amor, en el desamor. Y deviene el nuevo amor, el nuevo objeto de su existencia: ser «el eco entero del hombre».

Vicente Aleixandre —en *Historia del corazón*— defiende y vive una mística de lo *real*, de lo que *es y está* aquí, *en este mundo*, ahora y siempre. Todo se cumple en este mundo: alma y cuerpo, vida y muerte. No hay otro mundo y no hay otra vida. El orbe y la existencia humana son algo cerrado, perfectamente limitado, sin fisuras por las cuales sea posible escapar a un no-mundo o a un vivir ultramundano. Es una mística al revés —por decirlo de algún modo—, de sentido y signo realista, que aspira a temporalizar lo intemporal, a *realizar* lo absoluto. El místico ortodoxo encontraba a Dios en su corazón solitario, vacío de afectos y de pasiones. Vicente Aleixandre no admite tal soledad, la niega y se sumerge en la realidad del mundo y de los hombres para conquistar esa paz y esa alegría de ser en sí, en todos y en todo. No es un arrobo ni es un aniquilamiento nihilista: es una sublimación del vivir, una exaltación del *ser-total*.

Por todo lo dicho se desprende que Vicente Aleixandre no es un poeta de espiritualidad vertical (valga la expresión de Pedro Salinas) —como Fray Luis de León (hacia arriba), como San Juan de la Cruz (hacia dentro)—, sino de una espiritualidad que dimana horizontalmente: *hacia* las cosas y los hombres, y *desde* ellos. No más arriba o más afuera de este mundo o del hombre. Alma y espíritu no salen de este mundo: viven o vagan en él, porque no hay otro reino posible.

CONCHA ZARDOYA

Dpt. of Spanish  
University of Mass.  
BOSTON, Massa. 02116 (USA)